

DOMINGO V DE CUARESMA (B)

Homilía de Mons. Sebastià Taltavull, obispo auxiliar de Barcelona

29 de marzo de 2009

Jr 31, 31-34; Hb 5, 7-9; Jn 12, 20-33

La llamada puede venirnos en cualquier lugar y de cualquier persona. La cuestión está al saber detectarla. Quien la escucha es Felipe, pero cualquiera de nosotros la puede recibir y escuchar. «**Quisiéramos ver a Jesús**» (Evangelio). ¿Quién quiere ver a Jesús? ¿De dónde nos viene esta llamada? Se trata de una llamada muy singular que puede expresar de todo: curiosidad, deseo, admiración, adhesión ... Pero tenemos que dar una respuesta. Cuando percibimos que alguien lo dice o nos lo dice, depende de nosotros ayudar a encontrarlo y verlo. Este tiempo, forma parte del itinerario cuaresmal como profundización en el misterio de Cristo y como tarea habitual de la misión evangelizadora que compartimos como comunidad cristiana. Esta era la plegaria que toda la Iglesia hacía el primer domingo de Cuaresma: *avanzar más en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud*.

¿Qué exigencias? Para *ver a Jesús* hay una primera exigencia, algo previo y que forma parte del proceso de conversión que este tiempo nos pide: los ojos de la fe, expresión de un corazón limpio. Ésta ha sido nuestra plegaria después de la primera lectura de hoy: «**Oh Dios, crea en mí un corazón puro**» (salmo 50). La transparencia, la buena intención, los ojos limpios, como dice Jesús mismo en las bienaventuranzas, son los que hacen posible y clara la visión: «**Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios**» (Mt 5,8). Dejémosnos llenar de esta capacidad fundamental para un cristiano que hace posible el encuentro con Cristo, que nos lleva a conocerlo y a amarlo. Podemos ir repitiendo aspectos del salmo 50 que insisten en lo mismo: «*renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso*». ¡Si los cristianos rezáramos siempre así ...! Toda nuestra persona dispuesta a acoger a Jesús sin ponerle condiciones y a entregarse a él con total adhesión y disponibilidad.

Todo eso implica todavía más exigencias. Tenemos que superar aquella *inercia* que impide que nos acercamos a él con la franqueza de la amistad. Él lo ha dicho muy claro a sus discípulos: «**vosotros sois mis amigos**» (Jn 15,14) porque no es suficiente con quererles ver, él invita a vivir una verdadera amistad con él. Las inercias son fáciles de constatar, aunque son más difíciles de superar si no contamos con la fuerza interior que nos da su Espíritu. Lo vemos hoy en lo que nos ha dicho el profeta Jeremías. Ya en el Antiguo Testamento, se dice que «el Espíritu de Dios, derramado en el corazón del hombre -cómo anuncian los profetas- hará arraigar aquellos mismos sentimientos de justicia y misericordia que habitan en el corazón del Señor (cf. Jr 31,33 y Ez 36,26-27). Entonces, la voluntad de Dios expresada en el Decálogo dado en el Sinaí, podrá arraigar creativamente en el interior mismo del hombre. De este *proceso de interiorización* derivan una mayor profundidad y realismo en la acción social, que hacen posible la *universalización progresiva del comportamiento de justicia y de solidaridad, que el pueblo de la Alianza es llamado a asumir hacia todos los hombres, de todos los pueblos y naciones*» (Compendio de Doctrina social de la Iglesia, 25).

«**Querer ver a Jesús**» contiene, además, muchas implicaciones y consecuencias. Nadie queda indiferente ante él. En el Evangelio, eso se percibe constantemente. «**Querer ver a Jesús**» nos tiene que poner en actitud de querer entrar en el misterio de su persona. Eso es precisamente lo que intenta la iniciación cristiana o un catecumenado bien hecho, ya que el objetivo es ayudar a encontrarse con Jesús.

Tenemos la *inercia* de pensar que ya estamos iniciados del todo, cuando en realidad puede ser que todavía nos queda mucho camino por recorrer.

- Cuando acudimos a la parroquia para una inscripción de *Catequesis*, los padres y los catequistas asumen la responsabilidad de ayudar a encontrarse con Jesús.
- Cuando los adolescentes y los jóvenes se preparan para recibir la *Confirmación*, están en proceso de encontrarse con Jesús y entusiasmarse por él y seguirlo.
- Cuando los padres presentan a la Iglesia a un niño para recibir el *Bautismo*, están iniciando, desde su responsabilidad educativa, el que el hijo poco a poco se encuentre y conozca a Jesús.
- Cuando una pareja de novios pide a la Iglesia el sacramento del *Matrimonio*, está pidiendo ayuda para preparar una de los encuentros con Jesús más significativos y decisivos de su vida y que tendrá que continuar siempre en la vocación al amor, de ser signos del amor de Dios para sus hijos y para toda la sociedad. Y así, podríamos seguir en todos los aspectos de la vida cristiana y que incluyen el crecimiento de la fe y el testimonio cristiano de la vida de cada día.
- Sin embargo, pensamos también que hay muchas personas que, aunque no ente lo digan con estas palabras «queremos ver a Jesús», nos están pidiendo que no seamos un obstáculo para llegar a él, que seamos un fiel reflejo de su persona, que, incluso, como conjunto de Iglesia, hagamos que el acceso a él sea fácil. La sed descubierta o escondida que hay de Dios, la atracción que puede hacer Jesús, la búsqueda de auténticos valores humanos y evangélicos presentes en tantas personas son un clamor que tiene que activar nuestra voluntad de acompañarlos hacia Jesús y darlo a conocer.

Tenemos que superar, pues, aquella inercia que proviene de la falta de iniciación a ser cristiano, lo cual significa superar el debilitamiento de un cristianismo que no ha madurado y, por eso, se ve frustrado o impotente ante las embestidas de una sociedad que en sus esquemas Dios no cuenta. ¿Cómo se es cristiano? Lo dice muy claramente el Papa Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.» (*Deus caritas est*, 1).

El encuentro con Jesús muestra su verdadera identidad. No nos tiene que dar miedo encontrarnos con él, porque nos hablará al corazón y nos hará ver aquello que es realmente importante y decisivo en la vida. A los que lo quieren ver, les muestra su auténtico rostro. Los dice: «**Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto**» (Evangelio). Eso es lo que Jesús quiere que sepamos *si lo queremos ver*. Éste es el misterio: el del amigo que da la vida por aquéllos a quien ama. Ver a Jesús, conocerlo, es aceptar -él y nosotros- la voluntad de Padre, aunque no sea fácil. Esta entrega hasta dar la vida constituye el misterio que quiere que nosotros conozcamos y vivamos, el enigmático «porqué» de la muerte en cruz. «Ver a Jesús» será, pues, ir contemplando con más y más profundidad cómo nos ama.

Por esta razón añadirá: «**El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna**» (Evangelio). Palabras difíciles de entender pero que nos hacen ver hasta qué punto puede llegar una persona cuando ama. Ésta es la alternativa que se nos pone delante y ante los otros. Alternativa a la que tenemos que dar respuesta y tomar una decisión: o el

individualismo egoísta que hace de uno mismo el centro de todo, o el *amor de caridad* que, como Jesús, nos lleva a la entrega de la propia vida por amor. Nos tenemos que identificar con los sentimientos de Jesús en el momento de vivir su «hora» y aceptar ser valientes y generosos en la respuesta.

Nos vamos acercando a la gran celebración del misterio pascual y lo hacemos ya anticipadamente ahora, en la celebración de la Eucaristía. También nosotros *queremos ver* a Jesús, como aquellos griegos que abordaron a Felipe. Pero nosotros se lo decimos a María, su Madre, especialmente aquí en Montserrat, a sus pies, sumándonos a la larga tradición de creyentes que a largo de la historia se han acercado a ella para que les muestre a Jesús. Yo también me quiero sumar hoy a este *peregrinación de confianza* y, como dije hace una semana en la Catedral de Barcelona en el momento de mi ordenación, pongo mi servicio episcopal bajo su protección maternal para que el Espíritu de su Hijo me acompañe siempre y yo sea fiel, santo y bueno Pastor, como Jesús, que vino a servir y no a ser servido y a dar la vida por sus ovejas (cf. Jn 10, 11.15) y que así mi servicio sea amable, próximo en todos y hecho con la sencillez de Jesús que aprendemos en el Evangelio.

Hay tanta gente que quiere ver a Jesús y no lo dice, o está avergonzada de decirlo. Tenemos que saber que a Jesús no solamente lo vemos sino que nos atrae hacia él, nos acoge y nos libera del pecado y de cualquier mal. De esta manera, como nos dice hoy la carta a los Hebreos, «**se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna**» (2ª lectura). Con él, nos unimos a todos aquéllos que en su angustia piden ser escuchados, para que en todos ellos se haga realidad aquel encuentro con Jesús que los puede liberar definitivamente de su situación. Por eso, nos pide que lo sigamos con actitud de servicio: «**El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor**» (Jn 12,26). Ésta es la promesa que nos anima al seguimiento y nos llena de esperanza.